

Javier García-Egocheaga

Minorías malditas

LA HISTORIA DESCONOCIDA
DE OTROS PUEBLOS DE ESPAÑA



Este libro trata sobre algunos de los pueblos olvidados, marginados y, en muchos casos, aborrecidos que han ocupado distintas zonas de España desde hace siglos. Se ha dejado aparte a gitanos, judíos y moriscos, porque estos tres —que constituyen sin duda las más numerosas e influyentes minorías— cuentan con muchos autores que se han ocupado de ellos.

El libro se centra en cinco minorías muy distintas entre sí, pero que presentan también ciertas similitudes comunes a su exclusión social, con la intención de mover al lector a la reflexión. Se trata de los agotes, los quinquis, los vaqueiros, los pasiegos y los maragatos, pueblos minoritarios que, aborrecidos antes y olvidados después, merecen contar con unas páginas en los libros y un lugar en nuestra memoria.

Introducción

Este libro trata sobre algunos de los pueblos olvidados, marginados y, en muchos casos, aborrecidos que han ocupado distintas partes de España desde hace siglos.

Hemos dejado aparte a gitanos, judíos^[1] y moriscos, porque, estos tres —que constituyen sin duda las más numerosas e influyentes minorías—, cuentan con muchos autores que se han ocupado de ellos. Otros grupos, por el contrario, bien por ser demasiado minoritarios, bien por presentar una historia tan oscura e imprecisa que ha quedado al margen de todo testimonio documental, o bien porque no tenemos constancia de una estigmatización que fuese más allá de la sufrida durante determinadas coyunturas históricas, tampoco son objeto de estudio en el presente trabajo^[2].

Hemos preferido centrarnos en cinco minorías muy distintas entre sí, pero que presentan también ciertas similitudes comunes a su exclusión social. Precisamente, los aspectos que conciernen a la xenofobia que sufrieron estos pueblos, son los que más nos interesan.

Sin embargo, abordar el fenómeno del racismo desde una óptica generalista, no es el propósito de este libro. Sobre este tema se ha escrito mucho (aunque, en ningún caso, demasiado), pero observamos que, la mayor parte de las veces, dichos escritos son tan coincidentes que acaban

por enquistarse en la repetición de tópicos y lugares comunes. Es decir, aportan únicamente la condena de actos reprobables y se enfangan en la narración de sucesos dramáticos, o en estadísticas que sólo tendrían sentido si de demostrar la presencia de comportamientos racistas —en caso de que su existencia plantease alguna duda— se tratase.

También cabe argüir que dicha *crónica negra*, serviría para movilizar conciencias y sensibilizar a la población. No queremos pecar de escepticismo, pero permítanme que lo dudemos. En nuestra opinión, ceñirse a estos aspectos *contables* del problema que nos atañe, es agarrar el rábano por las hojas. Y respecto a las condenas estériles aunque, sin duda, bienintencionadas, sólo podemos decir otro tanto.

Que el racismo es algo repugnante resulta obvio para todo bien nacido. O con dos dedos de frente y un mínimo rescoldo moral. Ahora bien: identificar y condenar los hechos, no por necesario, debe ser bastante. Si no indagamos en las causas que lo provocan, en los mecanismos que se repiten con los resultados que todos conocemos, en el origen, en la raíz, estaremos lejos de erradicarlo. Al igual que un médico estudia el virus que quiere destruir y ensaya todas las fórmulas a su alcance hasta acabar con él.

Con este convencimiento, ofreceremos distintos enfoques de un mismo problema. Nuestra intención no es otra que la de mover, cuando menos, a la reflexión del lector. La repetición de varios elementos en distintas épocas, nos ofrecerá algunas pistas sobre los denominadores comunes que constituyen la base de las conductas racistas. Además, el contraste de datos entre lo pasado y lo actual, nos servirá para rebatir opiniones tan poco fundadas como la de que «nos estamos volviendo racistas». ¡Como si esto fuese nuevo!

En efecto, negar que aquí somos racistas es una creencia generalizada entre los españoles. Y de ahí que, muchos de nosotros —rendidos ante la evidencia contraria—, lo

achaquemos a un novedoso comportamiento social, casi como si de una moda se tratase, debido a los cambios que la creciente inmigración está operando en España. Ahora veremos que no es así, que en este país, como en todos, los comportamientos xenófobos siempre han existido y que hemos omitido o silenciado una parte de nuestra historia. Precisamente, la de estos pueblos minoritarios que, aborrecidos antes y olvidados después, merecen contar con unas páginas en los libros y un lugar en nuestra memoria.

CAPÍTULO I

Consideraciones generales

«*My only sin is in my skin*»

De la canción *Black & Blue* (L. Amstron)

La historia de la humanidad es también la historia del racismo y de la xenofobia. No tenemos constancia de ninguna sociedad ajena a estos comportamientos reprobables, por lo que la española, que es la que encontramos aquí retratada en algunas de sus más sombrías facetas, no habrá de ser una excepción.

Sin embargo, veremos cómo estos fenómenos han venido suavizándose a lo largo del tiempo, gracias al progreso, a la cultura y demás avances propios de la civilización. Por eso, siempre aparece un hueco por el que se cuele una mirada optimista. Pues aunque el fantasma de la discriminación sigue apareciéndose tan pronto como nos encontramos en una estancia oscura del castillo, en los últimos años le hemos dado una buena paliza colectiva, y la verdad es que cada vez asusta menos. Vamos, que es un fantasma de pacotilla. Porque el racismo se alimenta de ignorancia y, a medida que la ciencia y el sentido común se imponen, creer en fantasmas de este tipo resulta cada vez más ridículo. Como decía Carlos Alonso del Real, en su ensayo titula-

do con acierto *Esperando a los bárbaros*, «gracias a Dios, el hombre es un animal capaz de evolucionar»^[1].

Hoy, muchas de las aseveraciones en torno a la cuestión racial de hace unas pocas decenas de años nos producen una mezcla amarga de sonrisa y sonrojo. Incluso las mentes más preclaras, los pensadores más ilustrados y liberales, caían en dislates de tan grueso calibre que nos dejan atónitos.

Nos parece demasiado aventurado alumbrar una teoría que explique el porqué de este fenómeno que es el racismo. Lo que sí sabemos es que es universal y tan antiguo como el ser humano, por lo que debemos pensar en unos orígenes remotos, en un patrón de conducta grabado a fuego en la profundidad de nuestros genes.

La agresividad de nuestra especie, en relación con la competencia que se establece entre sus miembros, se ha señalado como un factor determinante en el principio de las actitudes racistas. En realidad, el racismo no es sino una forma de agresión permanente. Una agresión que se genera contra aquello que identificamos como peligroso para nuestros intereses, ya sean individuales o colectivos. No obstante, tildar a algo —o a alguien— de peligroso resulta siempre relativo y, lógicamente, la peligrosidad admite distintos grados.

El sociólogo Henri Mendras, refiriéndose a la conducta de algunos pueblos primitivos, refiere lo siguiente: «Si yo soy un indígena y me encuentro a otro, a ese otro no le queda más solución que ser pariente mío o mi enemigo, y si es mi enemigo tendré que aprovechar la primera ocasión que se me presente para matarle, antes de que él acabe matándome a mí»^[2].

No obstante, en la sociedad pronto se establecería una categoría nueva: la del sujeto que no es tenido por pariente ni amigo, ni siquiera por igual, pero tampoco es enemigo, pues no representa un peligro. Generalmente, este in-

dividuo, considerado en origen como enemigo, habrá alcanzado este estadio, digamos, inofensivo, tras haber sido relegado a una posición de sometimiento que permite que sea manejado con cierta comodidad. Por supuesto, este fenómeno que aquí estamos contemplando a escala individual, puede y debe ser trasladado a una esfera colectiva.

En caso de que sea necesario, el grupo dominante empleará la fuerza para mantener el orden establecido, pero este recurso, por extremo, no suele darse. Lo habitual es que la sola amenaza que ésta representa, y la certeza de que podría ser aplicada, resulten suficientemente disuasorias.

Este esquema de convivencia es producto de la civilización, la cual, paradójicamente, propicia que se den estas relaciones de desigualdad y subordinación, mientras la tendencia general que marca es la contraria, es decir, que progresivamente desaparezcan. O, en otras palabras, que poco a poco se impongan la libertad individual y la igualdad entre los miembros de cualquier sociedad.

De la revisión de la historia, se desprende que las sociedades humanas más alejadas en el tiempo, se sustentan sobre unas bases de desigualdad que hoy nos parecerían monstruosas: férreamente jerarquizadas, incluso esclavistas, ignorantes de cualquier principio igualitario.

Todavía hoy encontramos algunos rescoldos fósiles, ejemplos que podríamos considerar casi como paleología social, como son las sociedades de castas^[3] que se dan en algunos puntos del orbe, sobre todo en África y en Asia.

En el vértice superior, por afrentoso, de las sociedades de castas, encontramos las esclavistas, que conformaron prácticamente todas las civilizaciones del mundo antiguo. Pero, pese al triunfo —a veces indudable—, que alcanzaron en muchos campos, estos sistemas deben repugnarnos, vistos desde nuestra moderna perspectiva moral. Y si bien las nociones morales son acomodaticias, culturalmente hablando, y están estrechamente ligadas a cada época y a cada

sociedad, no por ello podemos evitar condenar lo que se nos antoja como un abuso intolerable.

Conviene hacer hincapié en que todos los pueblos discriminados que tratamos en este libro, tenían la consideración de castas. Este término, felizmente olvidado en la cultura occidental, se emplea frecuente y erróneamente como sinónimo de clase social. De ahí que, desde una perspectiva occidental moderna, la segregación sufrida por estos grupos marginados pueda aparecer a veces un tanto desdibujada. Sobre todo debido a la movilidad social a la que hoy estamos acostumbrados en nuestro entorno.

Pero esta situación de movilidad que, por generalizada, puede parecernos como algo natural a toda sociedad, no lo es en absoluto. Más bien cabría hablar de uno de los grandes logros de nuestra cultura, de muy reciente conquista, por cierto. Y es que esta novedosa situación, en la que una persona, aún condicionada por distintos factores, tiene la capacidad innata —*a priori*— para desplazarse por la escala social, es un privilegio al que no solemos dar la importancia debida. Incluso el lenguaje marxista, que introducía el concepto de clase social como piedra angular sobre la que reposaba una parte integrante de su doctrina, nos resulta ya obsoleto, enmohecido. Eso supone que nos hallamos en el umbral de un tercer estadio, que, una vez superado el sistema de clases sociales, desemboca en una concepción más igualitaria y justa de la sociedad. Lo curioso es que eso mismo se había pronosticado desde las posiciones marxistas, aunque erraron en cómo conseguirlo.

Es cierto que todavía hoy, en cualquier sociedad, nos encontramos con diversos obstáculos que impiden la total libertad para desplazarse por la escala social, pero no son insalvables. Amando de Miguel, escribió: «La movilidad la puedo estudiar como sociólogo, pero la puedo entender mejor porque yo mismo he sido una persona que ha ascendido socialmente. A lo cual se añade también una considerable variedad de lugares de residencia. (...) Pero el ascen-

so social o la traslación geográfica no son procesos gratuitos. Hay que pagar una especie de barrera. En la atmósfera social, el móvil encuentra todo tipo de roces y resistencias^[4]».

Aun asumiendo la existencia de estas barreras, de estos roces y resistencias a los que alude, debemos apreciar en lo que valen los avances recientes en esta materia, pues hasta hace un siglo, o un par de siglos en el mejor de los casos, la sociedad se estratificaba mediante un sistema, no ya de clases sociales, sino de castas, en la que, la de los agotes, los vaqueiros, los pasiegos, etc., habrían de ser necesariamente las más desfavorecidas.

Y no sólo estaban imposibilitados para moverse en la escala social, sino que, salvo en el caso de los maragatos, ni siquiera podían hacerlo físicamente del lugar de residencia que se les había asignado. Respecto los pueblos nómadas que tratamos, en las páginas que siguen veremos la sucesión de decretos y ordenanzas tendentes a inmovilizarlos, con objeto de que fijasen su residencia y pasasen a depender de un señor o de una institución determinada.

Además, como refuerzo a la ligazón del individuo con su casta, se apuntaba también una procedencia étnica o racial diferente y exclusiva, aunque, en ocasiones, este detalle puede incluso pasar a un segundo plano. Es decir, que el hecho de que los agotes o cualquier otro colectivo perteneciese o no a una raza distinta, no era tanto el motivo de la segregación, sino más bien, un refuerzo, o un factor más que se alegaba para mantener la diferencia. Muchas veces, sospechamos, una simple excusa para incrementar su situación de inferioridad.

Los pueblos discriminados constituían una casta, del mismo modo que la nobleza o el clero. Y dentro de cada una de ellas, lógicamente, también existían diferencias jerárquicas, aunque, eso sí, siempre dentro de su mismo grupo y sin que desde fuera se pudiese interferir. Así, se creaban mini sociedades, donde las diferencias de jerarquía in-

terna podían ser enormes —como veremos en el caso de los maragatos— o casi testimoniales.

Este modelo social tuvo su auge en la Edad Media y comenzó su declive —que sería largo y lento— con el Renacimiento. La tendencia general de constituirse cada grupo en una casta diferenciada, encuentra como máximo exponente el sistema gremial de artesanos medievales, que acaban observando una rigidez insospechada en su estratificación.

El sociólogo Merrill, con la vocación docente que siempre le caracterizó, define claramente los conceptos de casta y clase social: «Clase es un grupo relativamente permanente de personas de todas las edades y ambos sexos, que ocupan una posición social común dentro de la jerarquía social. Casta es un grupo muy fijo en una estructura social rígida, en la que la categoría se basa casi exclusivamente en factores hereditarios. Los miembros de una clase reciben su estatus al nacer, pero pueden cambiarlo en el transcurso de sus vidas (...). Los de la casta también reciben su estatus al nacer, pero no pueden modificarlo, cualquiera que sea su comportamiento posterior^[5]».

Como iremos viendo más adelante, estos grupos minoritarios formaban castas de origen étnico. Su situación de desigualdad se justificaba entonces por sí misma, por mucho que resultara alarmante para cualquier juicio ecuánime.

Sin embargo, las voces discrepantes con respecto al maltrato de las minorías étnicas siempre han sido escasas. Incluso en los ejemplos más espeluznantes, como sería el de la trata, nuestra civilización —la occidental— no comenzó a condenar estas prácticas de forma generalizada hasta las postrimerías del s. XVIII. Salvo algunas muy dignas excepciones, claro está, y normalmente a título individual.

Hugh Thomas, en el mejor libro que se ha escrito sobre el tráfico de esclavos, nos informa de que, incluso en Europa^[6] y en fechas muy recientes, en concreto, «en 1.780 la trata africana parecía una parte esencial de las economías

de todos los países más avanzados, por tradición, pero también porque se ajustaba a todas las oportunidades modernas^[7]».

Al parecer, no había nada de malo en ello: todo era legal, todas las concesiones y los asientos habían sido pactados y rubricados. Si acaso, la Iglesia era la única institución de envergadura que cuestionaba este tráfico, consecuente con sus propios códigos.

Este comportamiento no debe extrañarnos, pues el hombre, como producto cultural que es, se educa (*se hace*) en unos valores determinados por cada época y cada cultura. El concepto del bien y del mal que, aisladamente podemos entender como absoluto, se convierte así en algo relativo y variable. En este contexto, hasta los comportamientos más execrables pueden hallar justificación y, desde luego, no afectar en modo alguno a la conciencia de quien los practica.

De hecho, al margen de otros factores más inmediatos^[8], lo que empuja en último extremo a las sociedades a la discriminación étnica, y a sus miembros a practicarla, es la inexistencia de remordimientos. O lo que es lo mismo: el nulo sentimiento de culpa.

El almacén moral de cada persona se ha formado con piezas existentes en su cultura y que comparte, en buena medida, con el resto de los individuos que la integran. Con esto se logra una homogeneización que evita las estridencias —por discrepantes—, que se producirían en el seno de la sociedad de no ser así. Como es obvio, cuanto más cercana se halle una cultura a otra, más próximos se hallarán también sus respectivos sustratos morales y viceversa.

De resultas de la suma de estos ingredientes, se desprende que, en un mundo pequeño, como era el que va desde el s. XIV hasta el s. XIX —constituido básicamente sobre los cimientos del antiguo Imperio Romano, y en el que, fuera de Europa y más tarde América, se extendía la tinie-

bla de los bárbaros—, todo lo que quedase extramuros de la civilización occidental no merecía ninguna consideración. Por tanto, la preocupación por la suerte de unos africanos, que ni siquiera eran personas a los ojos del europeo medio, sería inexistente.

Incluso Voltaire, cuya independencia de criterio lo convierte en ejemplo de intelectual comprometido del s. XVIII, y que se enfrentó con todas las instituciones de la época asumiendo como suya la posición de los más débiles, no sintió ningún cargo de conciencia por la suerte de los negros, sentenciando que «si su inteligencia no es de otra especie que nuestro entendimiento, es muy inferior. No son capaces de mantener una gran atención, combinan muy poco (...); se creen nacidos en Guinea para ser vendidos a los blancos y para servirles. (...) El primer grado de la estupidez es el de no pensar más que en el presente y en las necesidades corporales. El segundo grado el de proveer a medias, no constituir sociedad estable alguna, contemplar a los astros con admiración (...). Más de alguna nación (negra) ha vivido durante siglos entre estos dos grados de imbecilidad y de razón incipiente^[9]».

Decíamos que la Iglesia Católica, con muchos altibajos, fue la única institución que albergó dudas sobre la licitud moral de este tráfico infernal. La Iglesia ejercía un inmenso poder, además del político y del económico, como referente moral. Si nos ceñimos al caso español^[10] de la época renacentista y barroca, tendremos que convenir en que la doctrina de la Iglesia Católica conformaba su sustrato moral, por lo que ésta adquiriría una enorme responsabilidad sobre las acciones posteriores de los ciudadanos.

En este sentido, el mensaje original de la Iglesia, que proclamaba la fraternidad universal y el amor incluso a los enemigos, fue revolucionario, y podía haber sentado las bases de una filantropía compartida por todas las naciones cristianas.

Pero, aparte de que los negros u otras minorías exóticas no pasaban de ser una anécdota de marinos y que el concepto de derechos humanos era desconocido e inimaginable, lo único que preocupaba a la jerarquía eclesiástica era la amenaza directa que suponían otros poderes de igual rango espiritual, es decir, otros credos. Así que su mensaje original de fraternidad universal, pronto se redujo a una especie de «programa de mínimos». A partir de ahora, se amará al prójimo como a ti mismo, sí, pero siempre que este prójimo comparta nuestra adscripción religiosa. En caso contrario, se le combatirá y ya no será ni prójimo ni nada. En concreto, los miembros de las minorías étnicas discriminadas fueron generalmente tildados de infieles o se puso en duda su religiosidad. Los ciudadanos se educarán en el amor a Cristo y a los demás cristianos —católicos, claro—, y en el odio a los que profesaban otras creencias. Los judíos serán los más odiosos y odiados, los enemigos por excelencia, los que crucificaron a Cristo. Los moros, unos bárbaros que se rigen por un libro herético. Los protestantes, por último, unos traidores.

Al hilo de todo lo anterior, Tierno Galván nos recuerda que «una educación adecuada desde la niñez puede inhibir los centros de la agresividad o estimularlos. (...) Los resultados del entrenamiento son tan eficaces y se llega a bloquear ciertas respuestas y liberar otras hasta tal grado, que se puede matar y torturar a otros con la conciencia de que se cumple un deber. Este hecho, verificable, por ejemplo, en el antisemitismo, inclina a pensar que el entrenamiento proporcionado por la sociedad cristiana con relación a los principios cristianos es defectuoso^[11]».

Agotes, vaqueiros, maragatos y pasiegos fueron tenidos (parece ser que sin fundamento) por descendientes de razas ajenas a la doctrina cristiana. Chuetas, judíos, gitanos y moriscos, también, pero en este caso con fundamento. En cualquier caso, todos fueron metidos en el mismo saco, o en sacos parecidos.

La Iglesia jugó a varias bandas: mientras muchos de sus miembros condenaban la esclavitud de los indios en la España ultramarina del s. XVII, aconsejaban al mismo tiempo suplantarlos por esclavos africanos. O mientras en la Península Ibérica intentaban integrar a grupos de moriscos y unificarlos en el seno de la sociedad católica, ofrecían con reservas la comunión a los agotes, o se negaban a bautizarlos en las mismas pilas que a los demás vecinos, por citar sólo unos pocos ejemplos.

Los de abajo y los de arriba

Todas las sociedades propenden a instaurar unos marcos de convivencia aceptables para la mayoría de sus miembros. Si éstos aceptan de buen grado —como era el caso— la injusticia cometida con unos pobres desgraciados, no había por qué alterar nada. Bastaba con encontrar una justificación que dejase sin efecto las consecuencias morales de estos actos. Y se encontraron muchas, desde luego. Sin duda, la más radical —que se ha empleado tradicionalmente con los negros— era la de poner a los discriminados fuera del espectro humano, es decir, considerándolos animales o especies híbridas que no alcanzaban la categoría humana *por carecer de alma*.

Nos lo recuerda el propio Montesquieu (que denominaba a los partidarios de la no discriminación racial «espíritus cortos») cuando apunta que «estos seres de quienes hablamos, son negros de los pies a la cabeza y tienen además una nariz tan aplastada que es casi imposible compadecerse de ellos. No puede cabernos en la cabeza que siendo Dios un ser infinitamente sabio, haya dado un alma, y sobre todo un alma buena, a un cuerpo totalmente negro. (...) Es imposible suponer que estas gentes sean hombres, porque